

CAÍN

Antonio Llop. Mayo 2009

Estaba a punto de cometer el crimen perfecto. Si moría mi víctima, en ese momento frente a mí, nunca podría ser acusado de asesinato. Rodeado de una decena de testigos preparé el arma. Con esfuerzo conseguí producir saliva y llevarla hasta mis cuerdas vocales...

Todo había empezado una semana antes. Al salir del taller de literatura al que asistía todos los jueves me abordó un muchacho.

-Perdone si le molesto ¿Es usted Luciano Martínez?

-¿Le conozco? - pregunté.

-Sí. Me llamo Abel Pérez.

Después de fijarme detenidamente en la fisonomía del joven, concluí que lo único que de él me resultaba familiar era el nombre.

-Lo siento, pero no le recuerdo.

Traté de eludir aquella incómoda presencia continuando mi camino. Sin embargo, el muchacho, que no dejaba de mirarme de una forma angustiada, insistió:

-¿Usted recuerda un relato suyo en el que dos hermanos luchan por el amor de una misma mujer?

Recordé un cuento que había comenzado hacía unas semanas cuyo asunto trataba de un triángulo amoroso protagonizado por dos hermanos. No pude concluirlo porque durante su escritura debí tocar alguna tecla inadecuada y el texto desapareció de la pantalla del ordenador. Consideré como un signo de mal agüero el hecho de no poder recuperarlo, a pesar de mis esfuerzos, por lo que decidí abandonarlo.

-Y ¿qué tiene que ver usted con ese relato?

-Yo soy uno de los protagonistas.

Sonreí. Pensé que estaba siendo objeto de una broma por parte de mis compañeros de taller y decidí seguirles la corriente. No obstante, me pareció extraño que alguien conociera esos detalles. Yo no suelo comentar a nadie mis relatos frustrados.

-Siento decirle que esa es una historia inacabada de la que ya casi ni me acuerdo.

-Yo sí – continuó el llamado Abel -. Usted interrumpió la historia en el momento en que la mujer se decidía por uno de los dos pretendientes. Quiero saber si seré yo el elegido.

Recordé que había planeado darle la vuelta al pasaje bíblico al llamar Caín al amante noble y Abel al que jugaba sucio en la relación. En la cabeza tenía que en algún momento Abel mataría a su hermano para librarse de su competidor.

-No se ofenda, pero no suelo retomar los cuentos que abandono.

-Para usted es un cuento abandonado; para mí es la vida.

El muchacho reflejaba tal gesto de angustia en la cara, que pensé que mis compañeros habían contratado un actor profesional. Sin perder el gesto, el joven continuó:

-Usted podría hacer que yo ganara en la disputa y consiguiera a la chica.

-No continúe, por favor. Yo no suelo seguir las indicaciones de los demás en mis escritos.

-Pues escriba lo que crea conveniente, pero no me deje sin futuro.

-¡Qué pesado!

-Usted me hizo así.

Yo no podía creer lo que me estaba pasando. Aquel joven no dejaba de acosarme en mi camino de regreso a casa. La broma ya estaba llegando demasiado lejos; o ¿era realmente un personaje de mi cuento?

Al llegar cerca del portal de mi casa hice un último intento de quitármelo de encima.

-Escuche. Yo no sé si es usted Abel Pérez, el protagonista de uno de mis relatos, pero sepa que definitivamente no estoy interesado en continuar esa historia.

Con mirada suplicante, el joven me dijo que esperaría, que nunca me dejaría de pedir un futuro.

Subí a mi piso aturdido. A lo largo de una noche de insomnio miré varias veces a la calle, y en todas las ocasiones encontré a Abel, sentado en un banco, mirando a mi ventana con gesto suplicante.

A la mañana siguiente, camino del trabajo, noté su presencia a mi espalda. Ya no me hablaba, pero no dejó de seguirme durante toda la jornada.

Al tercer día de persecución silenciosa, llamé a Gerardo, uno de mis compañeros de taller, para pedirle consejo.

-Es increíble lo que me cuentas, pero no veo por qué te preocupas. Ese tío, o no está bien de la cabeza o es alguien que se quiere reír de ti.

-Ya. La cuestión es saber cómo me libero de él.

-Nada más fácil. Mátalo.

-¡Qué dices! ¿Quieres que baje a matarlo? ¿Me crees un asesino?

-Literariamente, por supuesto. Los escritores matamos de vez en cuando a alguno de nuestros personajes.

-Pero ¿tú crees, de verdad, que es un personaje de mi cuento?

-Nada pierdes con probarlo. Ve al relato y lo matas. Luego mira por la ventana a ver si todavía está allí.

Con una cierta aprensión por retomar un cuento desaparecido en tan extrañas circunstancias, recordé más o menos las peripecias por las que pasaban los protagonistas. Después busqué la forma de darle el desenlace en el sentido que me había recomendado mi amigo. Al cabo de un rato, en el que me sentí como el asesino que planea un crimen, me di por vencido. Todos los hilos de trama que había tejido para llegar a la muerte de Abel me parecieron poco justificables. Yo había pensado la muerte de Caín y no era capaz de darle verosimilitud a la de su hermano.

Cayó la noche y me asomé a la calle para despejarme. Abel seguía en el banco, inmóvil. Su mirada ya no tenía el tono de súplica y se había endurecido.

Cerré la ventana, corrí las cortinas y volví al teclado con determinación. Me costó renunciar a la paradoja que pretendía contar originalmente. Era un tópico que Caín fuese el asesino, pero no había más remedio si quería matar a Abel. Algunos compañeros del taller me criticarían cuando lo leyera en clase, sin embargo tendría la defensa de Gerardo. Terminé de escribir, pulsé con rapidez la tecla de “guardar” y me quedé con la mirada fija en las cortinas de la ventana. Cuando pasaron unos interminables minutos las descorrí y miré a través de los cristales. Abel ya no estaba en el banco.

Al jueves siguiente fui al taller. En mi cartera llevaba el cuento rehecho para su lectura cuando me llegara el turno. De pronto se abrió la puerta del aula y apareció el conserje.

-Perdón, este señor dice que es un nuevo compañero.

Abel apareció en el umbral. Me miró con fijeza y tomó asiento en la silla de enfrente. Mi primera reacción fue de sorpresa, pero me tranquilicé enseguida porque ya había resuelto la duda que me había traído de cabeza toda la semana. Estaba claro que aquel muchacho no podía ser quien decía que era porque yo ya lo había matado. Se trataría de un bromista a quien estaba dispuesto a desenmascarar cuando terminara la clase.

-Luciano, lee tu cuento – dijo la profesora.

Cuando me disponía a leer pasó por mi cabeza algo terrible. Había escuchado en alguna ocasión que un relato no está concluido hasta que alguien, distinto del autor, lo lee o lo escucha. Entonces Abel no había muerto todavía y podía hacerlo en unos minutos delante de mí, su asesino.

Empecé a temblar. La profesora me preguntó qué me pasaba. Gerardo, que se había dado cuenta de todo, gritaba: “¡lee!” “¡lee!”. La mirada de Abel se endurecía cada vez más...

Por fin, respiré profundamente, tragué saliva y leí.

Cuando terminé la lectura la cara de Abel estaba relajada. Dudé de la salud mental de la persona que estaba frente a mí. No obstante, a la salida de clase le abordé seriamente.

-No sé qué pretendía usted haciéndose pasar por un personaje de mi cuento.

-En eso no le he engañado. Yo soy un personaje de su cuento.

-No seguirá insistiendo, después de escuchar el relato, en que usted es Abel Pérez.

Como viera mi enfado, el muchacho abrió una amplia sonrisa y dijo:

-Cálmese. No hay ninguna ley que prohíba matar personajes literarios. Puede decirse que usted ha cometido el crimen perfecto, aunque no lo planeara.

-No sé qué me quiere decir.

-Que usted le ha hecho el trabajo sucio a otra persona.

-A quién, si puede saberse.

-A mí, porque no soy Abel Pérez, sino su hermano Caín.